

NOVELA DE LA TIERRA: CONSIDERACIONES ECOCRÍTICAS SOBRE
ZURZULITA DE MARIANO LATORRE¹

*NOVEL OF DE LAND: ECOCRITICAL CONSIDERATIONS ABOUT
ZURZULITA BY MARIANO LATORRE*

Juan Gabriel Araya Grandón
Universidad del Bío-Bío
juanarayag@terra.cl / jaraya@ubiobio.cl

RESUMEN

Mariano Latorre fue el principal representante del “criollismo” chileno. Este movimiento literario propiciaba una literatura centrada en la tierra, a fin de entregar las particularidades propias del país a través de la representación del hombre y el paisaje rural. La obra capital en la narrativa de Latorre es la novela *Zurzulita* (1920). Ésta pone en relieve el paisaje de la zona del Maule atendiendo a una dimensión pictórica que plantea que el hombre es presa, dramáticamente, del determinismo telúrico y de la dinámica de la economía de la naturaleza. Nuestra finalidad es redecodificar el discurso criollista desde la perspectiva de la ecocrítica con el propósito de ofrecer nuevas claves de lectura.

PALABRAS CLAVE: Mariano Latorre, paisaje, ecocrítica.

ABSTRACT

Mariano Latorre was the main exponent of Chilean “criollismo”. This literary movement was based upon a literature focused on the land with the aim of expressing those qualities that are characteristic of the country and which are represented by means of rural individuals and landscape. Latorre’s narrative masterpiece is his novel entitled *Zurzulita* (1920). This novel brings to life the landscape of the Maule region as a pictorial dimension which states that man is, in a dramatic fashion, prey of telluric determinism and

¹ Este trabajo forma parte del proyecto FONDECYT 1080338: “Lecturas ecocríticas de textos literarios chilenos contemporáneos”.

the dynamics of nature's economy. The objective of this study is to redecode the criollistic discourse from the viewpoint of ecocriticism with the purpose of offering new hints for reading.

KEY WORDS: Mariano Latorre, Landscape, Ecocriticism.

Recibido: 1/4/2011 Aceptado: 30/4/2011

Y hombre grande fue Latorre. Se necesitaba ancho pecho para escribir en él todo el rumoroso nombre y la diversidad fragante de nuestro territorio.

PABLO NERUDA

Las palabras de Neruda, pronunciadas ante catedráticos y estudiantes de la Universidad de Chile en 1962², se refieren a que el escritor Mariano Latorre Court (1899-1955) supo otorgar en su narrativa un carácter redivivo a variadas zonas de la geografía nacional. Latorre es considerado el principal representante de la novela *mundonovista*, como lo fueron en su época en el contexto hispanoamericano Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera y Ricardo Güiraldes, integrantes de la denominada “etapa agraria” de la narración latinoamericana (Fernández Retamar, 223).

Resulta pertinente recordar que la producción de los relatos regionalistas –o mundonovistas en la terminología de Francisco Contreras (1877-1933)– se realiza en las primeras décadas del siglo XX bajo la influencia del naturalismo y el positivismo europeo. De acuerdo con el canon naturalista la representación de la realidad externa debía ser realizada con un máximo de objetividad. Es por eso que nuestro autor, dirigiendo su mirada hacia el ámbito agrario, recurría a un procedimiento documental para reafirmar el carácter impersonal del relato, como lo prueba la incorporación de voces dialectales que requerían de un glosario para su comprensión cabal. Así, según la crítica, el rasgo definitorio de la escritura de Latorre apunta a revelar cómo el paisaje influye sobre las acciones del hombre. Nos referimos a un paisaje primitivo, selvático, vasto, la mayoría de las veces apenas domeñado, en el cual el individuo pone a prueba tanto su resistencia física como su espiritualidad y sensibilidad. La naturaleza

² El 30 de diciembre de 1962 el poeta Pablo Neruda fue incorporado, en reconocimiento a su labor poética, como Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. En aquella ocasión fue recibido por Nicanor Parra. El epígrafe con que se inicia este estudio corresponde a un fragmento del discurso que Neruda pronunció ese día, titulado “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra”.

determinaría el temperamento de hombres, animales y especies vegetales, ancladas a una adaptación definitiva que implica zozobrar o sobrevivir.

En el mismo trazado, existe una tensión que bajo la apariencia de un discurso pictórico confronta dos apropiaciones o modos de representación de la realidad en constante pugna. Por una parte, una naturaleza visualizada como entidad protectora, regeneradora, y por otra –siguiendo las líneas del positivismo–, una naturaleza percibida como destructora, aniquiladora. Hablamos, por tanto, respectivamente, de una naturaleza madre y una naturaleza ominosa.

Con todo, Mariano Latorre declaraba concientemente que la literatura chilena de su época, salvo contadas excepciones, *no revelaba en su integridad el paisaje como fundamento de la vida y del hombre*. Fue así como Latorre se hizo el propósito de incorporar la descripción de los rincones chilenos para entregar una *novela de la tierra* que quiso “por experiencia propia con apasionamientos y recelos, que es como se ama de veras” (Latorre, *Autobiografía* 67). Más adelante agrega: “lo sostuve desde la iniciación de mi vocación novelesca, sobre todo después de publicar *Cuna de cóndores*, que me reveló el prodigio de las cordilleras chilenas” (79). Dicho de otro modo, Latorre es “un hombre para quien la naturaleza existe” (Vaisse, cit. del Solar, 9).

Los antecedentes de esta concepción tienen asidero en el conocimiento del novelista acerca del tratamiento del paisaje en la literatura colonial de la Capitanía General de Chile. En función de su ejercicio docente, crítico y creativo, Latorre toma nota de la ausencia de paisajes auténticos en *La Araucana* de Alonso de Ercilla. Este habría dejado fuera de su escritura el paisaje que lo rodeaba en el siglo XVI privilegiando el carácter épico y guerrero de los hechos, en un contexto cortesano y renacentista. Escribe al respecto: “[Ercilla viajó] con un paisaje convencional, formado por su educación clásica. Así, al mirar el encaje de un coigüe, o en la simetría de un alerce, no vio sino árboles, como todos los árboles que conocía” (Latorre, *Autobiografía* 41).

Contrapone a esta visión la mirada del jesuita colonial Alonso de Ovalle, ya que éste “poseyó más que nadie, el don poético y el profundo sentido de la belleza natural de su tierra nativa” (Ibíd. 46). Arguye que Ovalle consideró la tierra de una manera integral y concreta, describiendo las cordilleras típicas, los valles con sus costas, los ríos, señalando que los más bellos tonos del estilo plástico se refieren a las aguas y a las cumbres de los Andes.

Se puede advertir que el propio Latorre adscribía intuitivamente a un enfoque que hoy consideramos ecologista. La comparación explícita de *La Araucana*, obra inaugural de las letras en Chile, con *Histórica relación del Reino de Chile*, obra inaugural de la descripción del auténtico paisaje chileno, hace de Latorre un crítico prospectivo que instruye acerca de la necesidad de dar a conocer el *oikos* y las comunidades humanas que crecen en su entorno. Pero no sólo eso: la crítica de Latorre apunta a privilegiar la “diversidad fragante del territorio” (Neruda), representada en la obra de Ovalle y no considerada por el autor de *La Araucana*. En Ercilla la guerra y el vasallaje empañaron

la visión integral de la “vainas de espada”, en cambio Ovalle, accedió a una visión edénica y, como tal, reprodujo las aguas puras de la montaña así como las contempló en el territorio santiaguino. Para uno el paisaje es *escenografía*, mientras que para el otro es un *don vivificante*. Para uno el paisaje es un recurso retórico, mientras que para el otro el paisaje es un texto (cf. Villarroel) que despliega la energía de la naturaleza.

Es Ovalle, entonces, precursor de Latorre. Ambos comparten un motivo y una intención común al incorporar la naturaleza andina. La intención básica es potenciar el carácter estético del “verdadero paisaje” oculto y/o inventado en las letras coloniales y en las obras producidas en el siglo XIX. Los segmentos descriptivos subordinados o inscritos en un texto narrativo han sido considerados, en algunos enfoques críticos, como un “motivo libre” o innecesario, pues la trama no los requiere para mantener la especificidad narrativa: el caso de la obra de Latorre desdice esta postura. Se puede reprochar el carácter reiterado de las descripciones latorreanas —comentario por mucho tiempo en boga—, pero su valor para la ecología, la historia natural y para la ecocrítica es innegable.

El sentido de poner en relieve un carácter objetual-pictórico en los relatos, según este punto de vista, se encamina a rescatar en nuestros tiempos su dimensión cognoscitiva, abriendo nuevas claves de lectura. Nuestra finalidad es redecodificar el discurso *criollista* desde la perspectiva de la ecocrítica. En consecuencia, los ejes temáticos naturaleza madre y naturaleza ominosa, en Latorre, sólo son posibles a la luz de la fuerza expresiva de las formas de las especies, la caracterización de habitantes en función del medio, el cromatismo, el retrato acucioso, la diversidad. Estos rasgos se desplazan hacia el actuar de los personajes y definen el movimiento centrífugo o centrípeto que la naturaleza ejerce en ellos.

Si atendemos a la intencionalidad narrativa de Latorre es posible poner en movimiento la geografía de gran parte del país³. Aquí, leemos otro signo diversificador. El escritor da vida literaria a lo que él llamó “los siete paisajes y sus siete almas”: la pampa salitrera, el Norte Chico, la selva del sur, la Cordillera de los Andes, la Cordillera de la Costa, Chiloé y sus islas, Magallanes y sus estepas. Una apreciación ecológica de estos paisajes responde a una resignificación o reconstrucción de un Chile retratado antaño, pero visto con los ojos del hoy. Descubrir el verdadero patrimonio del ser humano y respetar los diversos elementos que conforman el ecosistema, a fin de situarse con propiedad en el entorno que le servirá de hogar, es el primer paso para poseer un afincamiento real en el rincón que se ha elegido como hogar. En otras

³ En el mismo espíritu, Benjamín Subercaseux (1902-1973) —“un gran contador de patria” según Gabriela Mistral— publicó en 1940, *Chile o una loca geografía*, un libro que hace una revisión poética de las variadas regiones del país, incluyendo no sólo la tierra y las aguas, sino, además, “los cielos de Chile”.

palabras: si el hombre se propone que la Tierra lo reciba como una fiel madre, debe asimilarse a los flujos naturales.

Estimamos que es necesario recordar tres apuntes críticos sobre la obra del maulino que complementan los asertos anteriores. Si bien es cierto, éstos se hallan distantes en el tiempo, sus planteos se aproximan a lo que hoy conocemos como lectura ecocrítica.

1. Cedomil Goic indica que la novela cumbre de Latorre, *Zurzulita* (1920), es una novela espacial en que el motivo central está destinado a ilustrar “las *condiciones generales* del medio y a expresar, fundamentalmente, el sentido del mundo mediante el *conjunto bien integrado* de sus rasgos típicos” (98, cursiva nuestra). Estas “condiciones generales” suponen un saber que fija el comportamiento de las especies y sujetos que habitan un espacio común, aun cuando esta coexistencia sea temporal. Moldeado e integrado por una multiplicidad de condiciones el ser ciudadano (no integrado) se convierte en un juguete de fuerzas que desconoce por su inexperiencia e ineptitud. Latorre desarrolla una doble categorización de los personajes: adaptados o inadaptados.

2. Luis Durand (1895-1954), otro importante criollista, afirma que Latorre crea su literatura *dándole conciencia artística a la exaltación de la belleza de la Tierra*. Sin embargo, Durand indica que

[...] Latorre, aunque abusa de sus cualidades descriptivas, fue dando en cada uno de sus cuentos el nombre de los animales, plantas, flores, pájaros, etc., que entraban en ella. Y en caso determinado un árbol se llamará peumo, avellano, radial, o lingue, según sea el caso y el escenario. Esta preocupación objetiva involucra la necesidad de dar detalles de cómo es el color o la forma de las hojas de cada uno de estos árboles (Durand 40).

Tal como lo hace notar Durand, nuestro escritor fue criticado en su época por los excesos descriptivos de la naturaleza en su obra. Sin embargo, aquello que era considerado una debilidad, hoy en día, desde nuestro punto de vista, constituye una fortaleza: Latorre registró un paisaje hoy degradado.

3. En esa dirección, un crítico visionario, el legendario Omer Emeth (1860-1935), contemporáneo de Latorre, señaló lo siguiente:

¿En qué consiste la innovación introducida [...] en la literatura chilena [por Latorre]? Creo decirlo en pocas palabras y sin ambages, declarando que, en mi concepto, Mariano Latorre es un escritor para quien Chile existe verdaderamente [...] Nadie se quejará de sus nimiedades descriptivas. Muy por el contrario, lo que parece excesivo será considerado corto. ¿Qué no daríamos ahora por un Latorre del Siglo XVI? (Cit. del Solar 9-10).

Las preocupaciones de Latorre cubrieron todo el territorio nacional a lo largo de su producción literaria que se prolongó durante más de cuarenta años (entre 1912 y 1955). Representan los hallazgos de una escritura decididamente ecológica que nos permite admirar la potencia expresiva de los paisajes. Por tal razón, postulamos que la actitud propia del escritor, más que buscar el asunto y los personajes, es revelar los

secretos y los símbolos de la naturaleza que han servido para modelar al hombre y su conducta⁴. “El hombre y el medio se identifican y en su comunión palpita el misterio elemental de esas almas primitivas” (Latcham 218).

Niall Binns explica que un análisis ecocrítico puede hacerse en función de una relectura de autores del pasado cuyos textos suelen ser recreaciones, idealizaciones y mitificaciones de un mundo perdido (59). Esta última valoración nos conduce a contraer el compromiso ético de vincular al sujeto con la reconstrucción de un espacio natural precario o desaparecido en el presente, que Latorre en su narrativa plasmó con intensidad (el “desbordante lírico”, en términos de Latcham), dejando un valioso legado.

Si la ecocrítica –cuyos referentes originales son “ecocriticism” o “green criticism”– se define como “el estudio de las relaciones entre la literatura y el medio ambiente” (Glotfelty y Bloom, xiii), entonces, para Latorre la naturaleza y el paisaje son, antes que nada, un texto que es necesario escudriñar, comprender e integrar. Para nosotros, esto implica reflexiones éticas, artísticas, políticas, filosóficas, sociales, medioambientales y de subjetividad para llegar a un pensar auténtico: una *ecosofía* social, mental y ambiental.

La noción de ecosofía de Félix Guattari resume dicha realidad en una articulación ético-política que deja fuera la predominante perspectiva tecnocrática, incorporando registros que son válidos para el análisis ecocrítico; es decir, la inclusión de los ejes sociales, ambientales y de subjetividad en la comprensión más amplia de la obra literaria. Vale decir, nuestro enfoque explora la visión de la naturaleza en una obra que manifiesta una preocupación por hacer ver éticamente la relación del hombre y su medio natural, su lugar, su *oikos*.

Las narraciones de Latorre observan un aspecto fundacional que se vincula a la presencia de un paisaje que actúa como eje de la naturaleza y de su inquietante dinámica. La valoración del paisaje produce el desplazamiento del hombre como ser protagónico, para dar cabida a una nueva concepción que propiciará una actualización y rectificación ecológica del concepto *novela de la tierra*.

ZURZULITA: NATURALEZAS

En el orden natural representado en esas *novelas de la tierra* existe una regulación ecológica. Imperan ciertas *reglas del juego* que permiten la existencia de las especies,

⁴ Latorre siempre intentó aprehender la esencia que vincula a los hombres y al paisaje en que se desenvuelven. Recordemos: “Ya hombres –dice el propio autor en el prólogo a *Hombres y zorros* (1937)–, a mi hermano y a mí se nos reveló inesperadamente el secreto de la montaña [...] Le encontré un sentido oculto a esas piedras, a esos cerros y a esos hombres que vivían junto a ellas”.

el crecimiento de estas, la competencia, la cooperación, su rendimiento y eficiencia, su expansión y su extinción. Se ofrecen, al igual que en la *economía humana*, magnitudes, flujos y ciclos reguladores. La especie humana es la que tiene la mayor capacidad de modificación sobre el sistema integrado de la naturaleza, puesto que sus actividades alteran la estructura, funcionamiento y composición (Reichholf y Steinbach 67).

Sin embargo, la dinámica descrita no es en rigor aplicable a la narrativa de Latorre: por el contrario, es la naturaleza la que exige al hombre un comportamiento adecuado, situado, a fin de considerarlo como una parte más del sistema. Si no actúa de esta manera, es rechazado violentamente: es el orden natural el que altera la estructura y funcionamiento del accionar humano. En efecto, en los relatos de Latorre el hombre debe conocer la constitución de los organismos y fuentes que propician su subsistencia, pero al mismo tiempo, sus modos de vida. Caso contrario, el hombre sucumbe por la imposibilidad de adecuarse a la forma de vida que le impone una naturaleza que acoge o rechaza a las especies que la habitan de manera permanente o momentánea.

Este último caso define la interacción del hombre con la naturaleza en la narrativa del maulino. El paso transitorio del ser humano por diversos espacios naturales, en la búsqueda de elementos para su subsistencia y conservación, hace que asuma una constante lucha por la adaptabilidad, en circunstancias que, antes que nada, debiese adoptar una predisposición por comprender el ambiente en el cual se desenvuelve.

Si revisamos el relato más significativo de Latorre, *Zurzulita* (1920), podemos constatar que regularmente la naturaleza y el paisaje aparecen incorporados en la propia conducta de los hombres que encarnan propiedades animales y seres vegetales (no es casualidad que On Carmen Lobos *sea más lobo que Carmen*, como se verá más adelante); es decir, aceptan y se rigen por las *reglas*. Esta consideración permite afirmar que la naturaleza tiene un comportamiento de madre protectora hacia quienes conocen y respetan su orden y economía. No basta la visión idílica de la tierra para aprehender sus secretos, sino un conocimiento profundo y experiencial:

Una dulce confianza iba penetrando poco a poco en Mateo a medida que el agricultor hablaba de las ventajas de la vida en el campo. El viejo rudo había acertado. El campo era la salvación. El aire puro y vigorizante, las ásperas labores, harían nacer en su cuerpo una voluntad poderosa de vivir, ya que la inacción, la vida sin ideales, la satisfacción de todos sus apetitos, habían concluido por convertirlo en un organismo mohoso que se derrumbaba penosamente. Su imaginación viva representábase los beneficios de la vida campesina, sentía ya deseos de conocer aquel rincón de montaña y de ver producir la tierra con el esfuerzo de su mano (Latorre, *Zurzulita* 20).

En la cita se refleja el idealismo inicial del protagonista, Mateo, quien aspira a regenerarse en contacto con las virtudes de una naturaleza vista desde una concepción romántico-realista. Es el hombre que cree que puede cambiar su vida sin pensar en

que al mismo tiempo deben cambiar sus hábitos y sus modos de relacionarse con los demás y el medio. Lejos de esta figuración, el medio espera su turno para moldearlo positivamente, pero la falta de voluntad de lucha y la ignorancia de Mateo Elorduy respecto de las condiciones con las que opera el ambiente, harán que sus esfuerzos sean abortados y fracase en su intento de encontrarse de la manera deseada con aquella madre que añora: la naturaleza madre que da protección y alimento, permitiendo la supervivencia de quien respeta sus leyes y mecanismos. Esta madre reaccionará ásperamente a través de los hombres y animales que la pueblan impidiendo la realización vital del sujeto. Estas fuerzas se representan en los antagonistas Juan Rulo, bandido montañés, y On Carmen Lobos, cacique de Millavoro, región maulina, en la Cordillera de la Costa chilena, locación donde suceden los episodios principales de esta novela⁵.

Mateo Elorduy, caracterizado como un negligente joven residente en el pueblo de Loncomilla, debe hacerse cargo de una heredad legada por su fallecido padre. Este suceso obliga al joven a enfrentar las dificultades de la vida aldeana y a tomar una decisión respecto de su destino próximo. De carácter indolente, Mateo Elorduy abandona sus estudios de humanidades en el Liceo de Talca. Luego del fallecimiento de su padre deja que las circunstancias actúen por él y fácilmente hace caso de quienes interesadamente le aconsejan un cambio de vida para tomar un nuevo curso en la tranquilidad del campo. Se traslada al fundo heredado para hacerse cargo de las faenas del campo y su administración. La tranquilidad que le invade es transitoria, pues al conocer a On Carmen –el antiguo administrador de las tierras– se da cuenta de la mañosa experiencia de este rústico personaje que vive en pleno contacto con la tierra. Al mismo tiempo, se percata de su propia ignorancia sobre ese saber. Conoce a Milla, la preceptora de la escolita del fundo, a quien luego llamará Zurzulita, por el arisco pájaro que habita esas zonas.

Mateo descansa y el canto de los pájaros le reconforta inyectándole nuevas energías para continuar su destino. El relato oscila permanentemente entre el ánimo y el desánimo del protagonista, quien lucha por imponerse al dominio que ejerce On Carmen Lobos en la administración y regencia de las tierras, y por la atracción que empieza a profesar por la modesta preceptora, requerida amorosamente también por el antiguo administrador. Milla le corresponde al recién llegado, aunque hurañamente y llena de temores. On Carmen en ningún momento considera a Mateo su verdadero patrón, negándole su apoyo, ridiculizándole y no rindiendo cuenta de los haberes del terreno. Mateo, pese a sus debilidades, aguanta el asedio y cuando se cree incapaz de soportarlo recurre a sus amistades pueblerinas para reclamar sus derechos de dueño y encarar con la ley a On Carmen. Sin embargo, las artimañas de Lobos y su alianza

⁵ En el Maule se ambientan otros relatos del autor como *Cuentos del Maule* (1912), *On Panta* (1935) y *Puerto Mayor* (1945).

con el bandido Rulo impiden la consumación del ideal de vida tranquila del joven. A la postre, On Carmen se venga de éste ordenando asesinarlo bestialmente por la espalda.

Vertebrando el ser violento, inescrupuloso, animal y primitivo que se abre paso para asegurar la supremacía y poder que le brinda su mimetismo con los elementos telúricos, la naturaleza domina inflexiblemente.

Como hemos constatado, el relato adquiere una disposición actancial. Sin embargo, la presencia de las fuerzas naturales es la que brinda la auténtica tensión que se produce a través de los personajes, vistos éstos como proyecciones de dos matrices que se confrontan: una *naturaleza madre*, idealizada por Mateo Elorduy, y una *naturaleza ominosa*, encarnada por Lobos y sus secuaces, astutos conocedores de la forma de vida de la región. La emergencia del dualismo es reforzada por la actitud escasamente receptiva de Mateo, quien pretendía asir los secretos de la vida campesina sin esfuerzo alguno. En consecuencia, es abortado por la naturaleza, involucionando hasta llegar a ser el último eslabón en la escala trófica. Convertido en carroña, es devorado por los jotes y hormigas de Millavoro. Irónicamente, a través de la putrefacción de su cuerpo, el joven logra trágicamente el contacto e integración con el medio:

El resto del cuerpo no se veía, cuidadosamente cubierto por las quilas, salvo los pies que estaban fuera del matorral. Los labios no existían. La risa forzada daba a la cara, de una blancura sucia de papeles mojados, una mueca de burla rabiosa. Un trozo de camisa ensangrentado mostraba, en el omóplato, el zarpa-zo del corvo. Legiones de hormigas de hinchado abdomen correteaban en las viscosidades negruzcas pegadas a la ropa, dándole al hombro la apariencia de una convulsión (*Zurzulita* 311).

En apariencia, el triunfo de On Carmen se materializa con el asesinato del joven. La línea positivista de Latorre determina el desenlace: se ha impuesto la ley del más fuerte, la selección natural, concepto que se basa en las condiciones de un medio ambiente que determina y/o selecciona la eficacia de ciertas singularidades en algunos organismos para su supervivencia y reproducción. Mientras el medio ambiente permanezca inalterado, las particularidades más resistentes se irán distribuyendo en toda la población. La presencia de Mateo altera este ambiente y el pago de esta alteración es su exterminio.

Estimamos que, a partir del punto anterior, se desprende la tesis del campo como “tierra de promisión” por parte de Mateo (Goic 100), que contrasta con la realidad de una tierra que causa repulsión por su brutalidad y grotesca degeneración, que anula la humanidad de los habitantes de Millavoro, poniendo de relieve una manifestación pura de instinto primario. La abulia de Mateo es crucial en la alteración del orden establecido por On Carmen Lobos: la confrontación es simbólica en correlación con una entropía social que es parte de la propia naturaleza.

Por nuestra parte, afirmamos que en la novela se confrontan dos órdenes de interacción orgánica, uno *social*, vinculado a la comunidad, regulado por la premisa del bienestar social, y otro *natural*, desprendido de la economía de la naturaleza que se plasma espontáneamente entre los organismos constituyentes de un ecosistema.

Hablamos aquí de una imposibilidad de romper el círculo que asedia a un protagonista que no tiene voluntad para subvertir su situación. Las condiciones dadas en el *orden social*—su necesidad de recurrir a instancias legales para recuperar el control del fundo de Millavoro, visto éste como el único bastión económico para su subsistencia—y en el *orden natural*—la condición primitiva de los habitantes del poblado, la rapacidad ancestral heredada de antiguos conquistadores, la celotipia instintiva de On Carmen, la inveterada costumbre de resolver los conflictos a través de la violencia, las turbias pasiones—obran de manera paralela desequilibrando fisiológica y psicológicamente a Mateo, quien, a causa del agotamiento, no oye ni percibe los claros signos ni las señales de advertencia que le envían sus enemigos y sus aliados: así, el joven toma el camino del despeñadero y es empujado por las circunstancias hacia su tragedia.

La referencia de una naturaleza ominosa que determina el actuar impetuoso de los habitantes naturales del poblado se encuentra constituida por el espejismo. La visión del campo y la naturaleza que posee Mateo es decisiva para el desenlace fatal. Si nos remitimos a la cita con que se inicia este apartado nos daremos cuenta de una concepción que idealiza la naturaleza y que es estructurada por el tópico implícito en la frase “las ventajas de la vida del campo” (*beatus ille*), consideradas éstas como una alternativa de vivir escapándose de una vida inactiva y vacua. Esta concepción se debe al propósito planteado por el autor de hacer una novelística de la tierra y, a través de ésta, una “interpretación del hombre de Chile y de su drama” (Latorre, *Autobiografía* 67). La relación, entonces, que se establece en *Zurzulita*, y en otras obras de su autor, no es incidentalmente entre hombres, sino más bien, entre los hombres y la tierra. Mateo acude a la naturaleza madre para que restañe sus heridas existenciales y active su cuerpo quitándole la indolencia y la falta de carácter. A partir de allí se desarrolla una subjetivación de la naturaleza al modo romántico:

¡Diuquita matutina, color de amanecer, qué grata es la chilladiza de tu trino, diminuto como las semillas de que te alimentas! ¡En tus alitas parece que el alba se hubiera depositado como un polvo invisible, el alba gris, el alba azul, donde aún palpita el centelleo de las estrellas! Y luego evocas el campo, las pataguas, el esterillo húmedo, la hierbita bravía que abre en cualquier rincón su florecilla anónima, la cabezuela aguda del zorro trasnochador en las cercanías del gallinero (Latorre *Zurzulita* 42).

Esta idealización contrasta con el paisaje final, donde hormigas y jotes reemplazan a la diuquita. En el paso de la madre tierra a la tierra ominosa, la diuquita se convierte ahora en un jote, símbolo del desastre. En ambas visiones, se distingue la

jerarquía absoluta de las relaciones telúricas y la aceptación pasiva de los fenómenos naturales. Al decir de Ricardo Latcham: “la tierra vence con su pesadumbre de contactos elementales” (10).

BIBLIOGRAFÍA

- Araya, Juan Gabriel. “Lectura ecocrítica: una propuesta”, ponencia. XIII Congreso Internacional de la Sociedad Chilena de Estudios Literarios (SOCHEL). Arica, agosto 2006.
- _____. “Ética, política, poética: una lectura ecocrítica de Pablo Neruda”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 64, 2006: 205-209.
- _____. “Nicanor Parra. De la antipoesía a la ecopoiesis”. *Estudios Filológicos* 43, 2008: 9-18.
- _____. “Un territorio más allá: Convergencias ecológicas en la cuentística de Francisco Coloane”. *Literatura y Lingüística* 20, 2009: 41-55.
- Binns, Niall. “¿Por qué ecopoésía?”. *Antiparra productions. Ciclo Homenaje en torno a la figura y obra de Nicanor Parra*. VV.AA. Santiago: División de Cultura, Ministerio de Educación, 2002: 59-73.
- Durand, Luis. *Alma y cuerpo de Chile*. Santiago: Nascimento, 1947.
- Fernández Retamar, Roberto. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1995.
- Goic, Cedomil. *La novela chilena: los mitos degradados*. Santiago: Universitaria, 1968.
- Glotfelty, Cheryl y Fromm, Harold. *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*. Athens / Georgia: University of Georgia Press, 1996.
- Guattari, Félix. *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-Textos, 1998.
- Latcham, Ricardo A. “Prólogo”. *Zurzulita*. Por Mariano Latorre. Santiago: Nascimento. 1960: 5-12.
- _____. “Mariano Latorre”. *Ricardo A. Latcham: Páginas escogidas*. Selección y ordenación y notas de Pedro Lastra y Alfonso Calderón. Santiago: Andrés Bello, 1969: 211-220.
- Latorre, Mariano. *Autobiografía de una vocación. Algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo*. Separata de *Anales de la Universidad de Chile*. Santiago: Universitaria, 1953.
- _____. *Zurzulita*. Santiago: Nascimento, 1960.
- Melfi, Domingo. *El viaje literario*. Santiago: Nascimento, 1945.
- Muñoz, Luis. “Rasgos de estilo en la visión del paisaje del Padre Ovalle”. *Atenea* 396, 1962: 132-140.
- Neruda, Pablo. “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra”. *Discursos*. Por Pablo Neruda y Nicanor Parra. Santiago: Nascimento, 1962.

- Ostria, Mauricio. "Una lectura ecocrítica de textos huidobrianos". *Anales de la literatura chilena* 9, 2008: 221-234.
- Plath, Oreste. "Paisaje y expresión del chileno". *Atenea* 458, 1988: 77-90.
- Reichholf, Joseph y Steinbach, Günter. *Hombre, naturaleza y ecología*. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1995.
- Solar, Hernán del. "Nota introductoria: Mariano Latorre". *Chile, país de rincones*. Santiago: Universitaria, 1996: 9-13.
- Villarroel, Raúl. *La naturaleza como texto: Hermenéutica y crisis medioambiental*. Santiago: Universitaria, 2006.